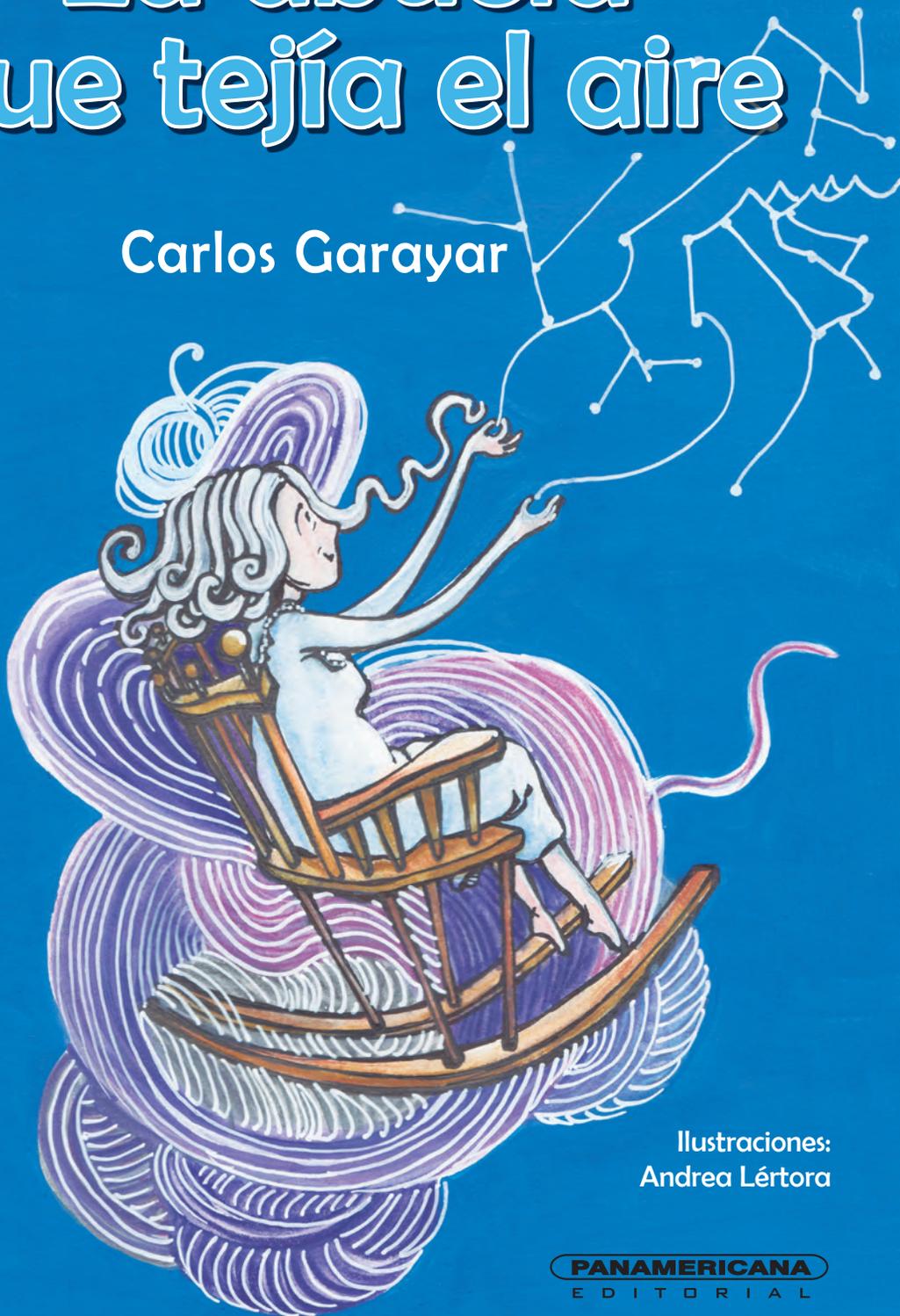


La abuela que tejía el aire

Carlos Garayar



Ilustraciones:
Andrea Lértora

PANAMERICANA
EDITORIAL

La abuela que tejía el aire





La abuela que tejía el aire

Edición: Jéssica Rodríguez

Diagramación: B-MAD

Diseño de carátula e ilustraciones: Andrea Lértora

© 2015, Carlos Garayar, texto

© 2015, Andrea Lértora, ilustraciones

© 2015, Editorial Panamericana Perú SAC

Calle Mercaderes 114, urbanización Las Gardenias, Santiago de Surco. Lima, Perú.

www.editorialpanamericana.com.pe

Impreso en Perú

Impreso por Imprenta Gráfica Margwil S.A.C

Calle Ezequiel Ossio Peñaranda N.º 1836. Urbanización Los Cipreses, Lima.

Lima - Perú.

Impreso en enero de 2019

Primera edición: octubre de 2015

Primera reimpresión: enero de 2017

Segunda reimpresión: enero de 2019

Publicado en enero de 2019

Tiraje: 3000 ejemplares

ISBN: 978-612-46753-8-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501401801312

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-20097

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente,
sin el permiso previo del editor. Todos los derechos son reservados.

La abuela que tejía el aire

Carlos Garayar



Ilustraciones

Andrea Lértora

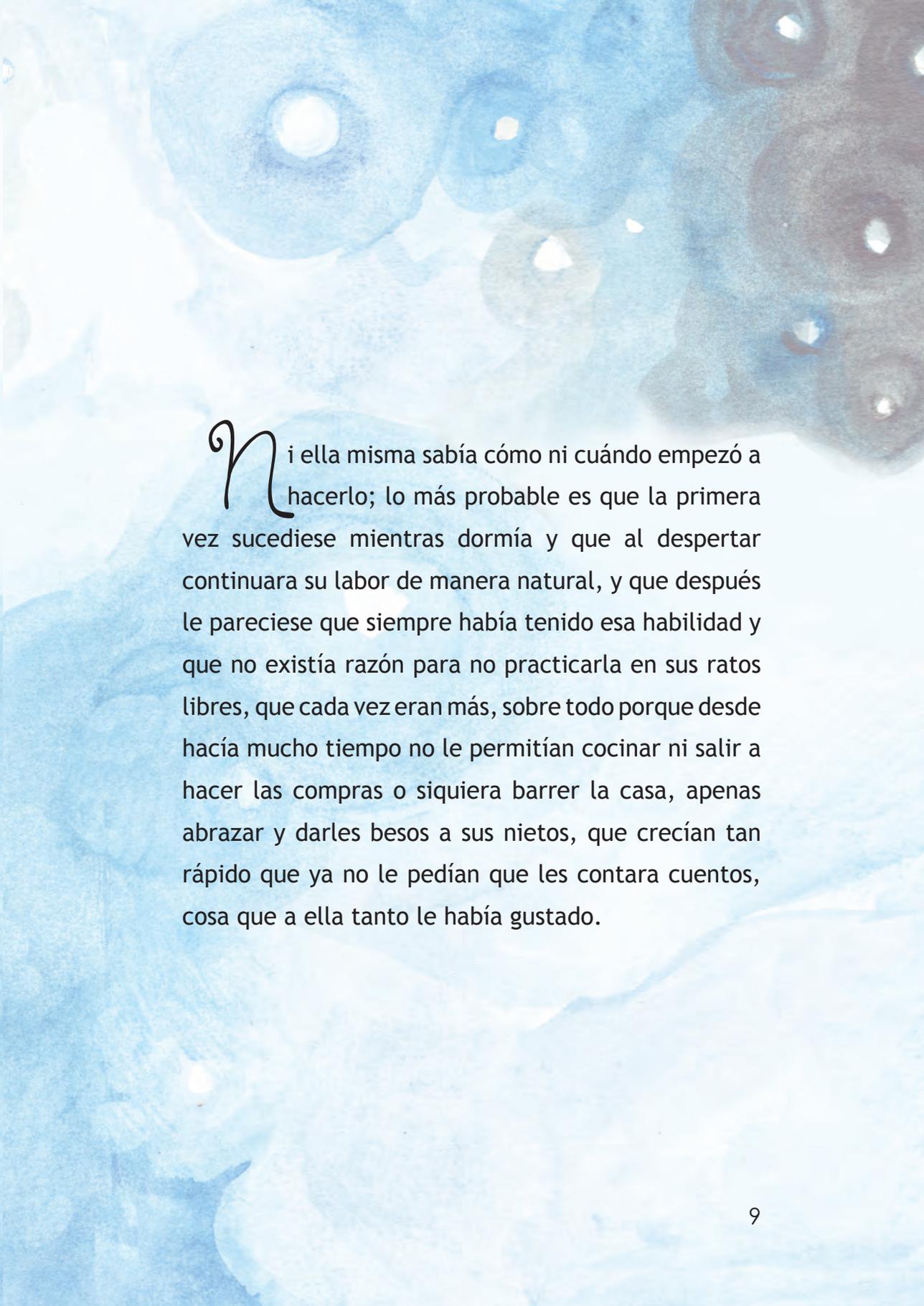
PANAMERICANA
EDITORIAL



The background of the page is a white canvas adorned with various watercolor-style illustrations. These include clusters of overlapping circles in shades of light blue, teal, and dark blue, some with white highlights. There are also elegant, flowing lines and spirals in similar colors, some appearing as if they are trailing off from the edges of the page. The overall aesthetic is soft and artistic.

*Para Berenice,
que nos hacía soñar con sus historias.*



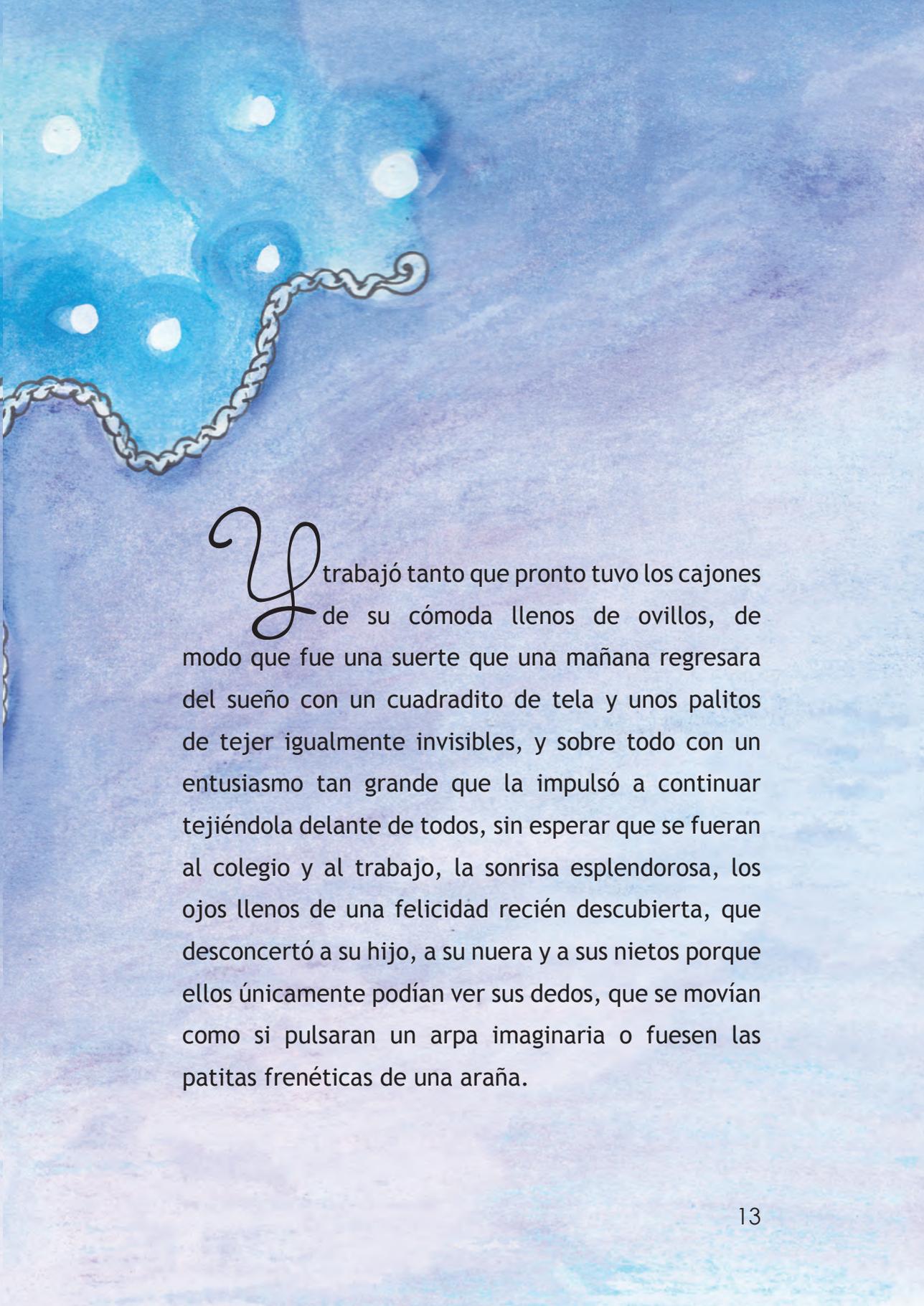
The background of the page is a watercolor illustration. It features several large, overlapping circles in shades of light blue and a muted brown. Each circle has a small, bright white dot in its center, giving the impression of light reflecting off water or bubbles. The overall effect is soft and artistic.

Ni ella misma sabía cómo ni cuándo empezó a hacerlo; lo más probable es que la primera vez sucediese mientras dormía y que al despertar continuara su labor de manera natural, y que después le pareciese que siempre había tenido esa habilidad y que no existía razón para no practicarla en sus ratos libres, que cada vez eran más, sobre todo porque desde hacía mucho tiempo no le permitían cocinar ni salir a hacer las compras o siquiera barrer la casa, apenas abrazar y darles besos a sus nietos, que crecían tan rápido que ya no le pedían que les contara cuentos, cosa que a ella tanto le había gustado.



Así que siguió laborando sin que su hijo ni su nuera ni sus dos nietos ni las visitas repararan en su concentrada actividad, no solo porque se sumergía en ella cuando todos se iban al colegio o al trabajo y la empleada, ignorándola, andaba en la cocina o lavando —o también al final del día cuando, otra vez sola, desde la ventana de su dormitorio contemplaba la noche estrellada balanceándose en su mecedora—, sino porque de haber estado ellos presentes no habrían notado más que los suaves movimientos de sus dedos y habrían quizás pensado que hacía ejercicios para aliviar su artrosis, incapaces de ver los hilos que ella estiraba y torcía hasta volverlos muchísimo más delgados que los cabellos de un hada y luego enrollaba en ovillos según sus brillantes colores.





Y trabajó tanto que pronto tuvo los cajones de su cómoda llenos de ovillos, de modo que fue una suerte que una mañana regresara del sueño con un cuadradito de tela y unos palitos de tejer igualmente invisibles, y sobre todo con un entusiasmo tan grande que la impulsó a continuar tejiéndola delante de todos, sin esperar que se fueran al colegio y al trabajo, la sonrisa esplendorosa, los ojos llenos de una felicidad recién descubierta, que desconcertó a su hijo, a su nuera y a sus nietos porque ellos únicamente podían ver sus dedos, que se movían como si pulsaran un arpa imaginaria o fuesen las patitas frenéticas de una araña.

Sus nietos dejaron de tomar la leche
chocolatada.

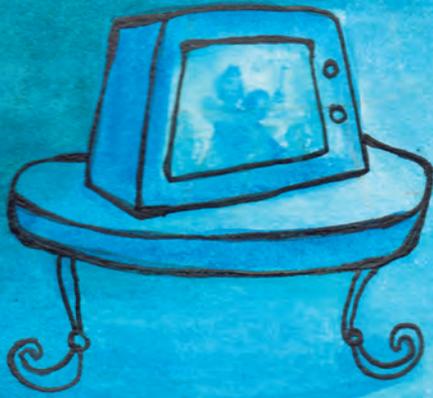
—¿Qué haces, abuelita? —preguntó el menor.

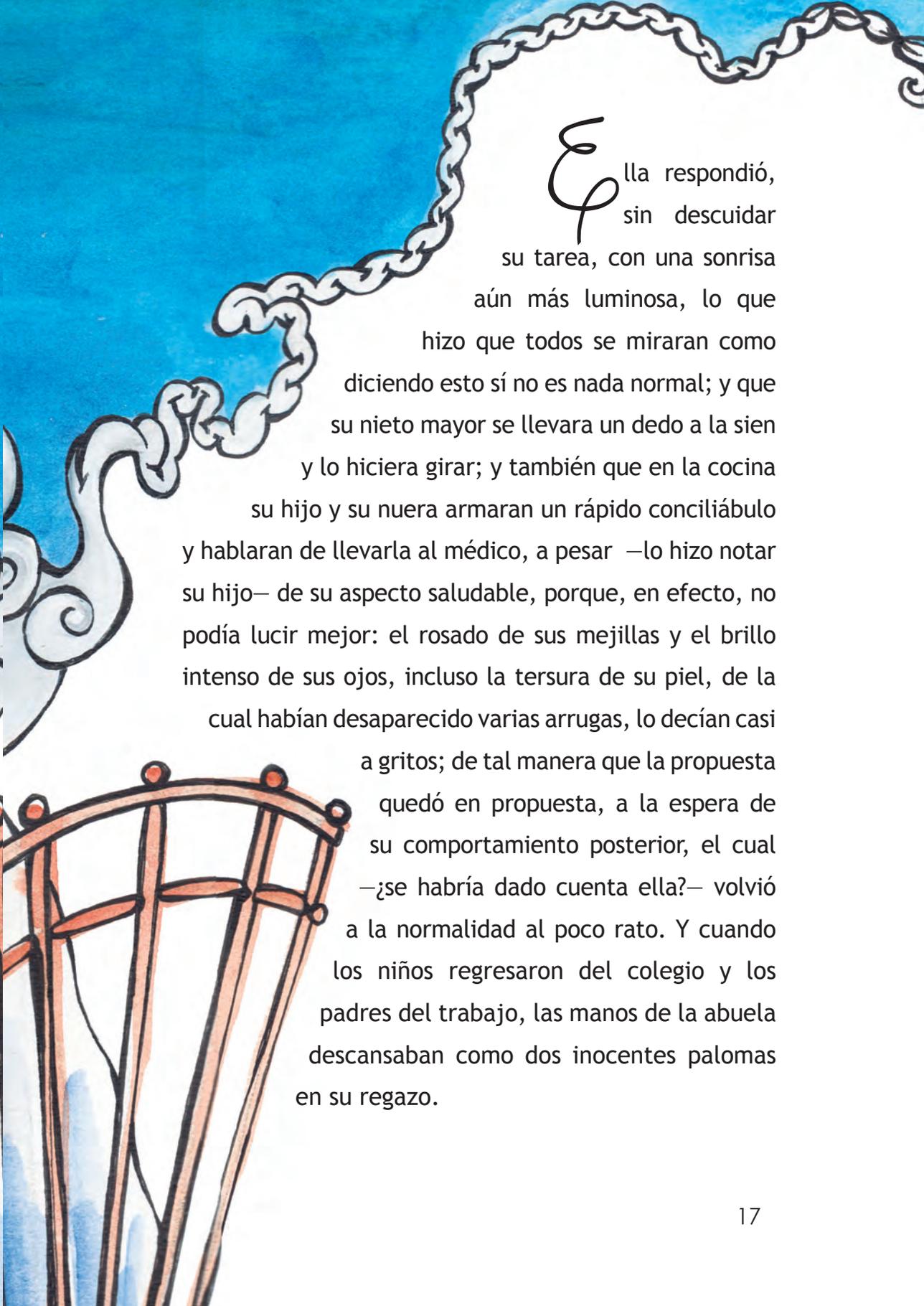




Su hijo apartó la vista del noticiero.

—Mamá, ¿te sientes bien?





Ella respondió, sin descuidar su tarea, con una sonrisa aún más luminosa, lo que hizo que todos se miraran como diciendo esto sí no es nada normal; y que su nieto mayor se llevara un dedo a la sien y lo hiciera girar; y también que en la cocina su hijo y su nuera armaran un rápido conciliábulo y hablaran de llevarla al médico, a pesar —lo hizo notar su hijo— de su aspecto saludable, porque, en efecto, no podía lucir mejor: el rosado de sus mejillas y el brillo intenso de sus ojos, incluso la tersura de su piel, de la cual habían desaparecido varias arrugas, lo decían casi a gritos; de tal manera que la propuesta quedó en propuesta, a la espera de su comportamiento posterior, el cual —¿se habría dado cuenta ella?— volvió a la normalidad al poco rato. Y cuando los niños regresaron del colegio y los padres del trabajo, las manos de la abuela descansaban como dos inocentes palomas en su regazo.



a tela, no obstante, fue creciendo.

Mezclados por ahora los colores sin orden ni concierto, guiados los dedos solo por el entusiasmo, a cubierto, eso sí, después del incómodo episodio, de las miradas indiscretas, hasta que la comoda de los ovillos quedó vacía y la manta —que en eso decidió que debía convertirse la tela— se quedó a la mitad; así que no tuvo más remedio que ponerse otra vez a hilar.

Y en los siguientes días se dedicó a capturar, como quien atrapa moscas en el puño, jirones de aire puro, con los que formaba copos transparentes de los que después desgajaba los mechones de una lana intocable por otros dedos que no fueran los suyos, lana a la que acariciaba con dulzura, estirándola con mimo y sintiendo que la fibra intangible se plegaba suavemente a sus deseos, se adelgazaba, se volvía hilo de araña, hilo de luz.





 La primera manta le enseñó muchas cosas sobre el arte del tejido, pues descubrió que no era lo mismo atrapar el aire matinal que el del mediodía o el del crepúsculo que el de la noche, cada uno venía con su propio color, con su textura, con su disposición y propósito; de igual manera que hilar deslizado el aire entre las yemas del índice y el pulgar era diferente a torcerlo con las palmas de las manos; pero lo que más emoción le produjo fue descubrir que las fibras del aire se combinaban con las más sutiles del recuerdo, la imaginación o el sueño, de manera que podía integrar el viento súbito del crepúsculo con el polen de orquídeas imposibles o el polvo de las alas iridiscentes de los insectos con un fresco soplo matinal, y que esas sustancias no solo volvían más resistentes los hilos, sino que permitían diseños que bastaba con verlos en la mente para que se trasladaran a la tela, donde cobraban vida y se movían a sus anchas.

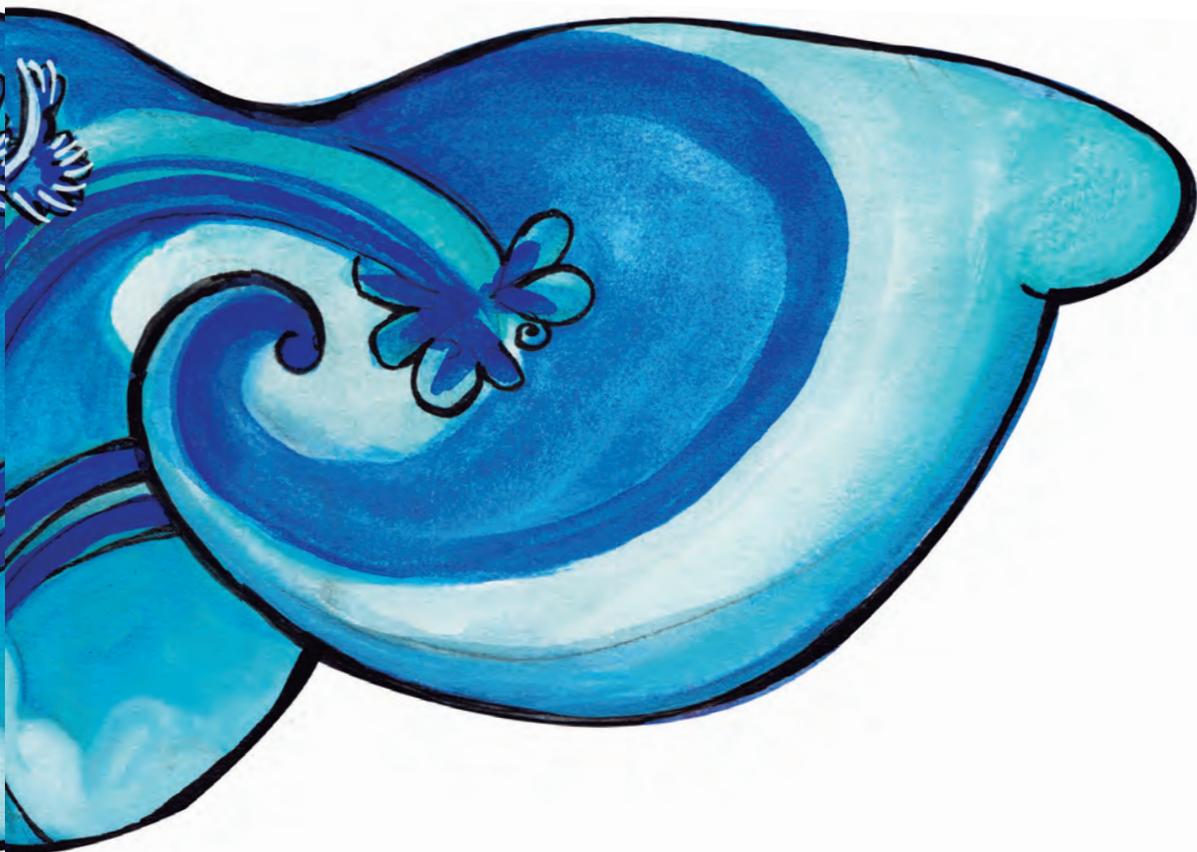




De modo que en lo sucesivo se dedicó a hacer las más diversas combinaciones.





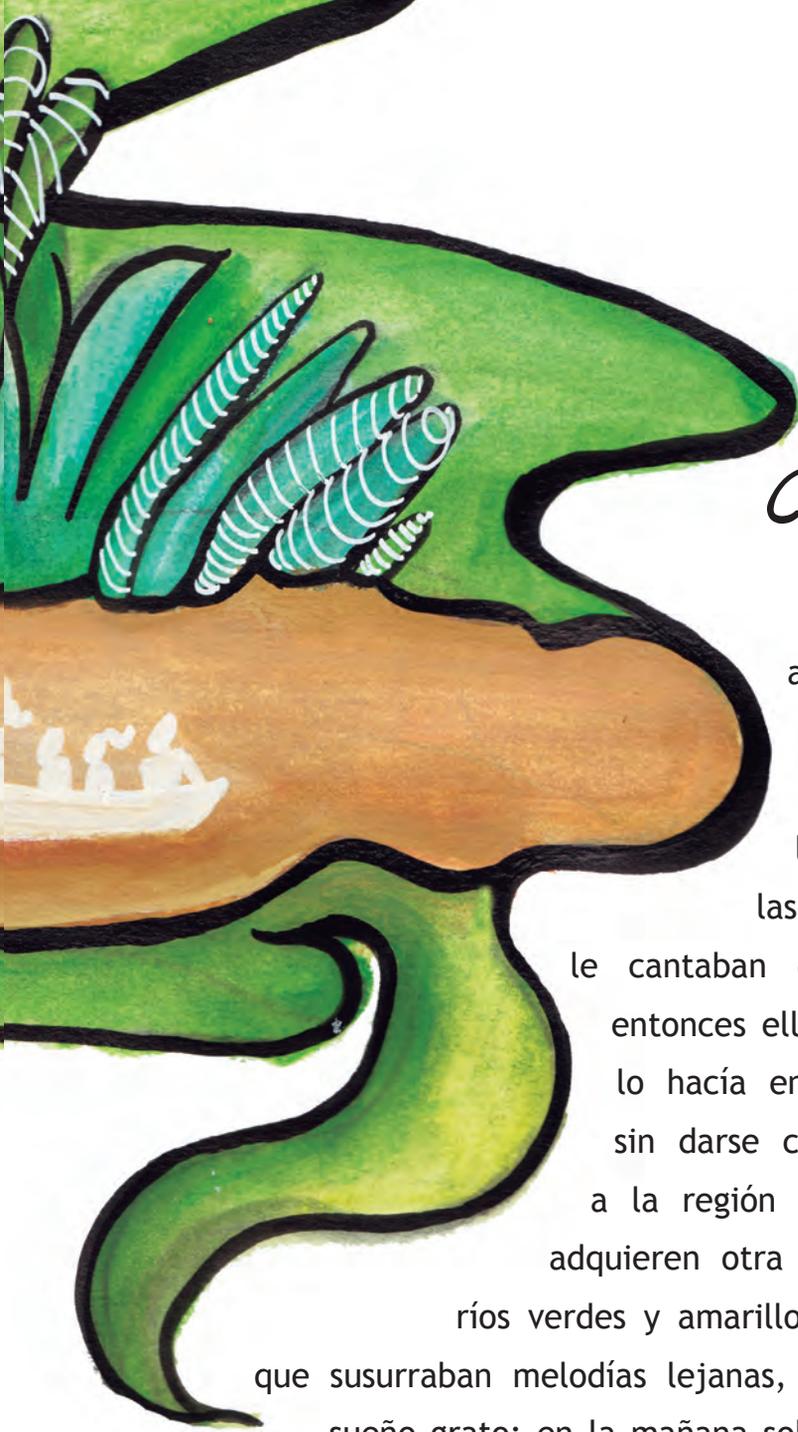


Combinaciones que incorporaban en los hilos del aire nocturno los del olor de una rosa al mediodía, o los élitros de diamante de un escarabajo en las fibras del frío de una cumbre nevada, o las briznas de la ilusión de una niña buena con los colores plácidos de un amanecer, y con esas mezclas sus mantas fueron poblándose de unas figuras ahora sí llenas de sentido, tanto que las dejaba sueltas sobre el campo de la tela y se juntaban ellas mismas y jugaban y formaban cuadros y se organizaban en historias que ni siquiera había imaginado cuando concibió a aquellas.



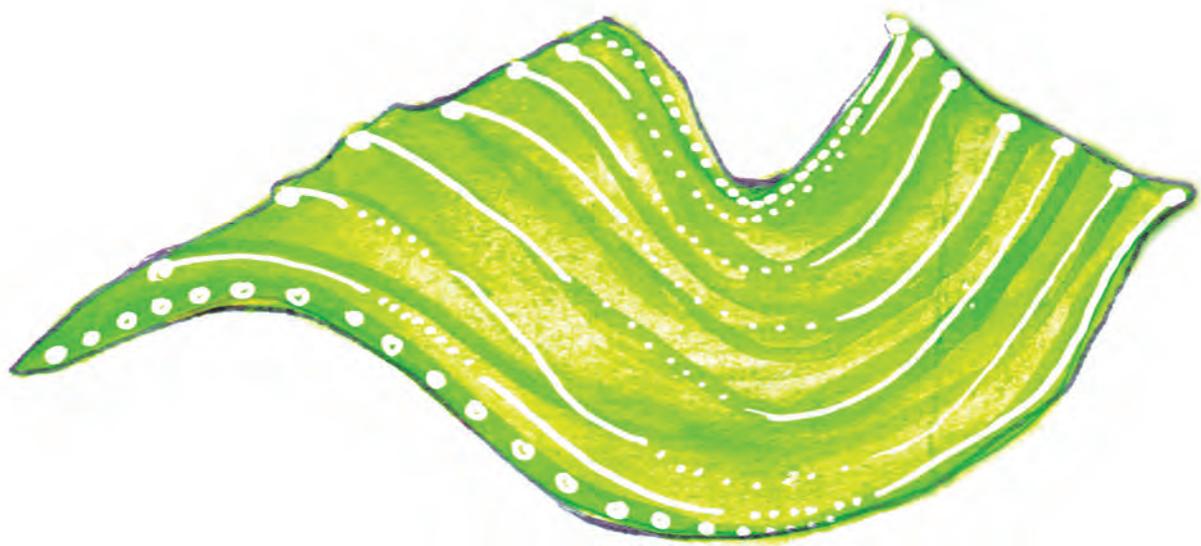
Y a contemplarlas dedicaba varias horas, extasiándose con las aventuras de un niño perdido en un bosque de piedras lunares, o las de una abuela que jugaba a las escondidas con sus nietos en la casa de su infancia; hasta que, con los cajones de su cómoda repletos de mantas, decidió probar si eran tan eficaces protegiéndola del invierno como contando historias, y escogió para cubrirse esa noche la que primero había tejido, la de los colores confusos y sin dibujos.





Y sí, la manta arropaba con un agradable calorcito que le hizo recordar las canciones que le cantaban cuando niña, y entonces ella se ovilló como lo hacía en ese tiempo, y sin darse cuenta descendió a la región donde las cosas adquieren otra sustancia, y vio ríos verdes y amarillos, y oyó árboles que susurraban melodías lejanas, pero no fue un sueño grato: en la mañana solo recordaba una maraña de caminos por los que había vagado como sonámbula.

Quiso guardar la manta y la manta había desaparecido. Quizás mientras dormía alguien se la había llevado, pensó, pero eso era imposible, nadie habría podido verla. A menos que ella también hubiese perdido sus facultades y la manta siguiese ahí, invisible, lo que resultaba fácil de probar abriendo los cajones de la cómoda; y fue lo que hizo y, por supuesto, ahí reposaban las demás, esperando su turno de ser desplegadas; de modo que estaba en lo cierto, la manta se había evaporado, recuperando su condición de aire,







algo que esa misma noche pudo comprobar que volvía a suceder, pues escogió para cubrirse aquella en la que había dibujado una mariposa de ópalos y zafiros; y no bien cerró los ojos la envolvió el zumbido de una bandada de abejorros y el lento aleteo de la mariposa sobre un campo de flores, y la fragancia de un ramito de jazmines que una joven se llevaba a la nariz, y unos niños que corrían hacia ella, y ella era ella, y reía, sus padres aún vivían, el campo era el jardín de su casa, que había crecido y se poblaba de voces familiares; y, aunque era joven, sus hijos ya habían nacido, y sus nietos la llamaban, y ella, convertida otra vez en una mariposa de alas enjoyadas, proseguía su lento vuelo.



—¿Por qué sonríes, abuelita? —le preguntó su nieto mayor durante el desayuno.



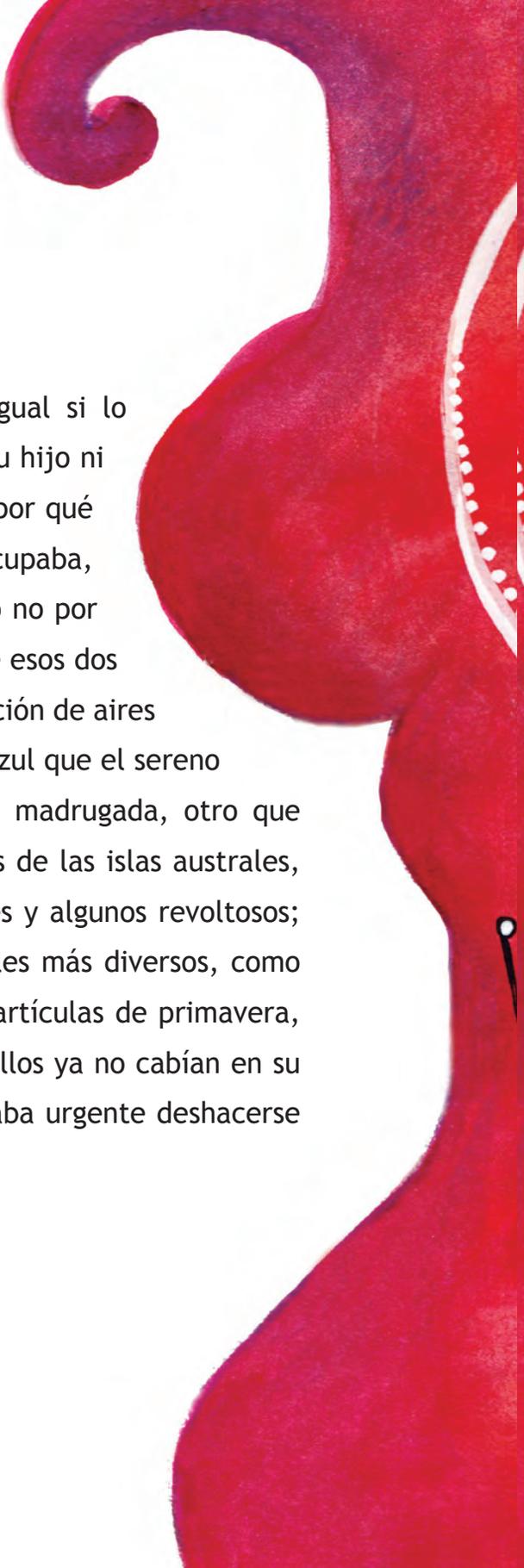
Ella, como en cada vez más ocasiones, le respondió con otra sonrisa y una caricia en sus cabellos: cómo podía explicarle que su felicidad venía de tan lejos y a la vez de tan cerca; cómo podía decirle que esas manos tan viejas eran capaces de tejer el aire y los sueños; así que solo siguió sonriendo; e igual, a la mañana siguiente continuó sonriendo porque venía de visitar las islas desconocidas, en las que los árboles de largas cabelleras se internaban en el mar; e igual la otra mañana, porque regresaba de disfrutar de un otoño dorado y apacible.



Y por eso, por la felicidad que la acometía,
no advirtió que su hijo decía:

—Mamá está como ida, ojalá no sea el primer
síntoma de...





Pero habría sido igual si lo hubiese oído; ni su hijo ni su nuera ni sus nietos tenían por qué preocuparse; ella no se preocupaba, mejor dicho, sí lo hacía, pero no por ella misma, y era que durante esos dos días había atrapado una selección de aires especiales, uno de un tenue azul que el sereno depositó en sus manos en la madrugada, otro que silbaba entre las altas hierbas de las islas australes, y otros más, algunos apacibles y algunos revoltosos; y con ellos y con los materiales más diversos, como fragmentos de esperanza o partículas de primavera, había hilado tanto que los ovillos ya no cabían en su dormitorio, por lo que resultaba urgente deshacerse de varias mantas.



Y esa noche, mientras todos dormían, guiándose en plena oscuridad por la luz de la costumbre, se dirigió al cuarto de sus nietos y los cubrió con su amor y dos de sus mejores telas.









—Anoche soñé que viajaba en un barco de vela —contó el mayor de sus nietos durante el desayuno—. ¡Hubiesen visto qué bonito sueño! Yo era el capitán y había unos delfines que seguían al barco. Después me arrojaba al agua, nadaba jugando con ellos y buceaba entre miles de peces, a los que daba de comer.



—Yo también tuve un lindo sueño —dijo la menor—. Estaba en un bosque y entré en la cabaña de un viejito que me dijo que sabía dónde se hallaba un tesoro, pero él ya no podía buscarlo. Yo tenía un caballo y subí unas montañas y crucé unos ríos y cavé junto a un árbol muy grande. Desenterré un gran baúl lleno de monedas de oro. Al regresar, el viejito había desaparecido y yo llegué a la ciudad y compré una gran casa para todos nosotros. Cuando estaba mirando el nuevo automóvil de papá, me desperté.

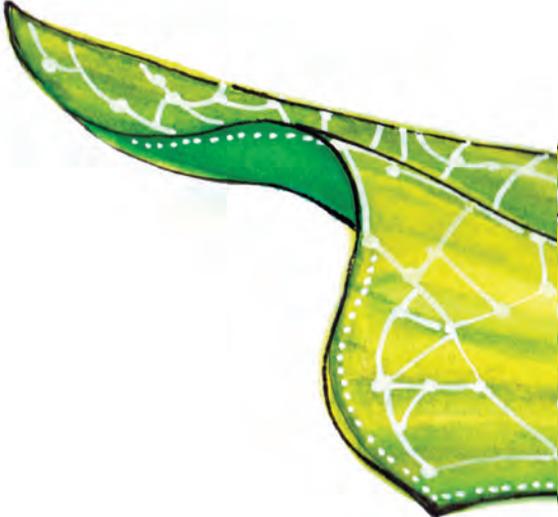
—¿Y cómo era el auto de papá? —preguntó el mayor.

—Déjense de sueños y terminen su desayuno —cortó el padre—. Van a llegar tarde al colegio y nosotros a la oficina.





Desde ese día, aprovechando todos los momentos en los que se quedaba sola, tejió con más entusiasmo, sobre todo después de que se propusiera cubrir con sus mantas también a su hijo y a su nuera, porque había descubierto que no era necesario desplazarse hasta sus dormitorios, bastaba con pedir a las mantas que volaran a su encuentro y ellas iban y se posaban delicadamente, lo había probado la noche anterior; así que les envió unas mantas en las que el sol brillaba y ellos abrazaban a sus hijos y se encaminaban hacia un horizonte despejado y lleno de luz.

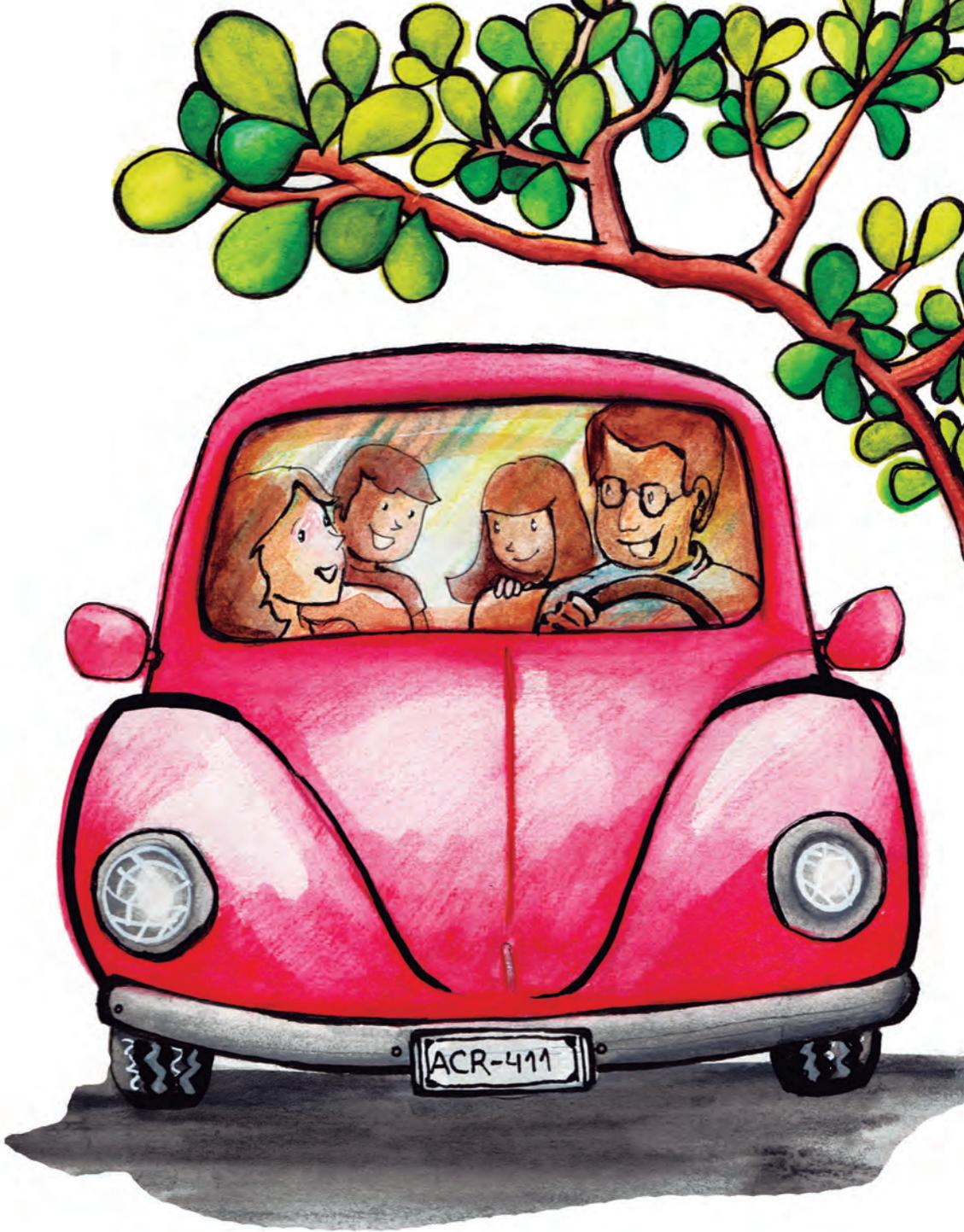






—Creo que de tanto oír que ustedes contaban sus sueños, yo también tuve anoche uno muy bonito —dijo el padre a la mañana siguiente, sonriendo.

—Qué curioso —dijo su mujer—, a mí me pasó lo mismo. Oigan —se dirigió a sus hijos—, en mi sueño, ustedes tenían hijos...



—Mejor nos contamos nuestros sueños en el
automóvil —interrumpió el padre—. Empezaré yo.



Ella también sonreía, pero siempre en silencio; no le importaba que opinaran que cada día estaba más rara, que sus ojos, aunque seguían brillantes, parecían mirar más allá de las cosas; que ya ni siquiera intentaba hablar; porque para qué necesitaría hablar o mirarles si su felicidad no iba a poder expresarla en palabras ni gestos, y, la verdad, tampoco habría tenido mucho tiempo para hacerlo, ocupada como estaba acopiando vellones de aires cada vez más raros, hilando ovillos y más ovillos y pensando en historias, aunque más que historias eran objetos, animales, personas, sentimientos los que introducía en sus mantas para que estas fueran las que los combinaran a su gusto; sobre todo ahora que el tiempo le resultaba tan corto, porque debía tener listas cinco mantas cada noche, no fuera que su hijo, su nuera y sus nietos pasaran frío y, sobre todo, se despertasen sin alegría.



Y, debido a ese afán, desde entonces todas las mañanas los cuatro hablaban de sus sueños en el desayuno y continuaban haciéndolo en el automóvil, y estaban alegres a pesar de las prisas, y ella, absorta en su tarea, para la que ahora no necesitaba mover los dedos, parecía no oírles, era feliz con solo verlos; y lo mismo en la tarde, al regresar, en que su hijo le pasaba la mano por los cabellos y alguno de sus nietos se acordaba de besarle la frente, ella parecía no oírles, pero oía, y así oyó que la empleada se marchaba el mes siguiente y que qué iban a hacer con la abuela, que quién la cuidaría, que cómo podría quedarse sola en casa, y muchos otros que entendió perfectamente.





—Pero es que, en realidad, no necesitamos empleada —había dicho su nuera—. Podríamos comprar comida ya hecha, mandamos la ropa sucia a la lavandería y el fin de semana yo limpio la casa.

“Siempre limpié la casa, cuidé a mi hijo, cociné yo sola”, pensó ella, “y ahora todavía puedo hacer muchas cosas”.



—Es hora de ir pensando en llevarla a algún albergue —añadió su nuera—. Estaría acompañada...

“Siempre estuve acompañada”, pensó ella, “y ahora también lo estoy, hasta cuando se van en la mañana. ¿Para qué necesito más compañía? Estaré bien donde esté”.

—Tratemos primero de ver si conseguimos una empleada —pidió el padre—. Haría las tareas de casa, cuidaría a mamá y así seguiríamos igual.

“Siempre les contaré cuentos a mis nietos”, pensó ella. “Eso sigo haciendo”.

—Tenemos un mes para conseguir empleada —dijo su nuera.



Y pensó que tenía que seguir como siempre aunque más aprisa, tejiendo sin detenerse siquiera a oír lo que conversaban, porque nada le importaba más que terminar sus mantas; que si tuviera bastantes, las mandaría también a sus conocidos, mantas que ahora solo contaban historias felices y que inducían a la felicidad, como podía deducirse de la expresión de los rostros durante el desayuno; y eso era posible porque ella se ensimismaba más y más en el tejido y ya no volteaba el rostro ni cuando le hablaban; porque, en verdad, no era necesario, sus historias decían todo lo que había que decir: dónde sino ahí existían las cosas bellas; dónde sino ahí podía uno volar como los pájaros; dónde sino ahí estaban a su alcance sus nietos, su hijo, el gato de su infancia, sus padres, sus abuelos, el hombre al que amó y con el cual se había casado vestida de blanco; y por eso blanco era ahora el color que más le atraía, y así se propuso tejer una manta completamente blanca, impoluta, de la que tomaran su blancura las rosas blancas y las nubes, los pensamientos puros y los pañuelos blancos.



—Ya no tenemos más remedio que llevarla a un albergue —dijo su nuera una mañana en la que ella ni se percató de que le habían servido el desayuno.

—La iremos a visitar todos los días —prometió su hijo.





No les prestó atención porque no podía distraerse; estaba terminando de tejer su manta blanca y tenía prisa por envolverse en ella; el frío que había sentido en los pies avanzaba y le llegaba ya a la cintura, y no debía dejar que le paralizara las manos impidiéndole ajustar esas últimas vueltas; de modo que movió con más rapidez los palillos, haciendo marchar los puntos como soldaditos níveos, hasta que llegó al último, ajustó el nudo con un hábil movimiento y la manta quedó lista.





—¿Mamá? —se inquietó su hijo—. ¡Mamá!, ¿me oyes?



Ella estaba envolviéndose en la manta y ya no tenía por qué oír aquello que se quedaba atrás; la lejanía a la que se encaminada era un alba tan blanca como su manta, como la felicidad de verse acompañada de todos los que alguna vez había amado, y eso era suficiente, no necesitaba nada más que esa luz deslumbrante a la que se aproximaba y que la acogió blandamente, como si siempre la hubiese estado esperando.









